
LOS INGLESES EN ESPAÑA.

SI LOS INGLESES SON CAPACES DE GUERREAR
con los franceses.

Elogio del Lord Wellington y de sus valientes guerreros.

La preocupacion errada que se tiene comunmente del valor inglés, nos induce á una discusion interesantísima, y en desagravio de un pueblo belicoso, imperterrito y fuerte, que opuso en la remota antigüedad una barrera al conquistador romano. Yo miraria con indiferencia, ó con desprecio esta question, sino la viese apoyada en el fanatismo loco y temerario de los *invencibles* del Sena, que han mirado á los ingleses como á unos *barbaros, indisciplinados, y extraños al imperio de Marte*. Al paso que su soñado Emperador ha exágerado desmedidamente el ardimiento de sus *imperiales*, suponiendo que *la infanteria francesa es superior á toda la de Europa* (*) y que se la debe de justicia: el *veni, vidi, vici*, deprime con orgullo la bravura de las legiones inglesas, como que á culatazos queria arrojarlas al oceano, quando se presentó en las inmediaciones de nuestra capital con 160000 combatientes, que habian triunfado en los campos de Weymar, y de Jena la memorable. La Europa atonita y engañada habia oido con sorpresa estos acacimientos sin poder volver de su admiracion, porque se acordaba de Marengo, se acordaba de Austerlitz, se acordaba ... ¿de que se acordaba? de tantas *fazañas* supues-

(*) En una dieta de Ratisbona.

tas, exágeradas, ó monstruosamente desfiguradas, con que Bonaparte, ese astuto seductor, capaz de alucinar á la generacion presente, y á las venideras ha podido por un instante engañarla con envilecimiento. Pero por fortuna nuestra, y de la especie humana, se ha descorrido el velo tenebroso, que cubria una maquina tan colosal, y solo aparece una ridicula tramoya, y un *arlequin imperial* que, con saltos y cabriolas, por un momento ha divertido á las naciones todas del orbe. No se necesitan ni un Parrasio, ni un Apeles, para retratar con vivos colores esta escena, pues cayendo en breve el telon en los elevados Pireneos; ¿que pantomima no van á representar en la España esos saltimbanquis franceses, que han venido á enseñarnos lo que son? Nuestros generosos aliados han batido con ignominia eterna á esos orgullosos, que se hacen superiores á los alcides, á los hectores, y á los aquiles tan celebrados de la antigüedad. ¿Que teatro de luz tan brillante y hermosa no presenta el valor inglés en España y Portugal? ¿que en la rendicion de Junot? ¿que en el asalto de Badajoz? ¿que en la toma de Ciudad-Rodrigo? ¿que en la batalla de los Arapiles tan peligrosa como la de Tarichea? ¿que en la de los llanos de Albuhera mas famosos para el mariscal Beresford, que la de Leuctra para Epaminondas, y la de Platea para Aristides y Pausanias generales lacedemonios? ¿que en la de Talavera, esa Ypso, esa Arbela ó ilustre Trebbia? ¿que en la de los campos de Vitoria? . . . España, naciones todas, pueblos del universo entero, ved al nuevo Alexandro como ha destrozado al formidable Mardonio, que con decir *soy el Cesar francés*, los Celtas mas aguerridos y belicosos, huían espantados, y como si vieran las sombras de Agammenon . . . ¡ó que día! ¡para el Lord Wellington! ¡que jornada! . . . ¡que acaecimiento tan brillante y luminoso! No encuentro para exáltar este triunfo otras expresiones, que las que recuerdan otro no menos glorioso, y que se grabó en los fastos consulares de Roma: "Probo Scipion, si, probó Scipion todo el gusto y contento de que es capaz un general sensible á los estímulos del honor y de la gloria. Fué aquel día un día de la mayor gloria de Gneo Scipion: él vió en un momento multiplicadas sus conquistas: respetadas las armas romanas, y exáltado su honor en regiones extran-

geras: vió aplaudido su nombre, privando al enemigo de sujetar à pueblos fuertes y animosos, y de hacer con ellos eterna alianza para engrandecer las aguilas de Roma”.

¡Oh Lord Wellington! ¡oh nuevo Scipion! puedes decir á tus falanges, como el antiguo á sus veteranos: “Los eternos bienhechores de Roma, los dioses protectores de nuestro pueblo, nos han abierto un camino, que ninguno ha pisado hasta ahora”... por que ¿quien ha triunfado de las aguilas altaneras de Bonaparte? El Prusiano impavido habia doblado su erguida cerviz con descredito de sus ilustres triunfadores en las llanuras de Rosbach: los Germanos belicosos, que por muchos tiempos no consintieron pusiesen un puente en el Rhin los que ya veian tremolar sus aguilas victoriosas en las riberas del caudaloso Eufates, se hincaron á los pies de su vencedor para adorarles... los Helvecios, y Galos.. ¿Que? ¿se habla del Lord Wellington, domador de los feroces coraceros, de los dragones atrevidos, de los granaderos creídos invulnerables? ¿y se habla del Duque de Ciudad Rodrigo, que ha encadenado al carro de sus trofeos á los Mariscales mas acreditados de *Napoleon el grande, el todo poderoso, y el señor del mundo?* ¿Que triunfos? ¿Que victorias! ¿para el inmortal Wellington! ¿Quien puede decir con mas justicia que este Britanico esclarecido, lo que un General romano destinado á la ardua empresa de la guerra sertoriana! “Yo salvé á Roma del exterminio: yo rechazé á mis enemigos, que me esperaban en los Alpes, desde cuya cumbre amenazaban orgullosos la ruina de Italia: yo sosegué las Galias: yo me apoderé del paso de los Pireneos: yo abatí la soberbia de los Lacetanos é Ylergetas. La altivez de Sertorio reprimida por mis triarios, el campo enemigo ocupado cerca del Xucar, la batalla de Sigüenza, que arrastró una gloriosa victoria: la rota de cayo Erennio, la toma de Valencia”... Basta: que las proezas del Masinisa inglés en España, no deben obscurecerse con el vergonzoso silencio, á vista de otro triunfador de los antiguos Galos que, aunque temblando, y estremecido, dixo un día con la voz de Cesar en Dirrachio: ¿A dónde están los Romanos fuertes é invencibles? ¿que se hicieron los soldados de Scipion? ¿como se ablandan los pechos de los guerreros de Roma? ¿Perecieron los grandes

capitanes? ¿fenecieron los exemplos de fortaleza? ¿faltan los estímulos de las acciones gloriosas?"

Si le faltan al Lord Wellington, lo dirán los campos de Vitoria, y que Bonaparte mismo podía ver desde la eminencia de los Pireneos; el mismo Bonaparte que se complació al observar el destrozo de los Prusianos en las llanuras de Jena sentado sobre los peñascos de Ellyn. Desde los Pireneos podía ver si han faltado al Lord Wellington sus capitanes, y si han fenecido los exemplos de fortaleza: pero ¿como habian de faltar los hombres fuertes, que jamas se adormecieron como los soldados de Asdrubal despues de la sangrienta derrota de Cissa? ¿como habian de faltar, si peleaban con legiones de bagaudas sin valor? ¿como habian de faltar si combatian á vista de su belicoso Jugurta? porque si la ruina, la sangre y la soledad formaron la horrorosa batalla de Publio Scipion Emiliano en Numancia, en los campos de Vitoria, el destrozo, la carniceria, la muerte forman la que acaba de dar el magnanimo, y siempre vencedor Lord Wellington? ¿Y que extraño? Sertorio acaudilló á los Lusitanos, y Celtiberos, por que convenia que *hombres fuertes, fuesen mandados por un hombre fuerte: ¿fuerter los soldados ingleses? cobardes, indisciplinados, sin tactica, sombras de combatientes, y espantajos ridiculos*, les llaman los invencibles de Napoleon: aquellos mismos invencibles que, mordiendo tierra, é hincados á sus pies, solicitaron su compasion en Vimieyro; ¡nombre espantoso para las aguilas francesas, como lo fueron en otro tiempo las selvas y desfiladeros de la Franconia! aquellos mismos que Bonnet, Souhan y Mouton vieron dispersos sus guerreros en Fuente Maestre: aquellos mismos que sembraron los campos de la Beyra de asesinatos y despojos: ¡tristes monumentos y funestos etigidos en la arena del Tyber, donde se veian grabados los fastos de la barbarie humana! aquellos mismos que, como alanos sanguinarios, que no tenian otro numen que su espada que era el dios Marte, devastaron el pais de Avelans; pero que Champbell, Ramsay y Slade supieron contener una irrupcion tan escandalosa como atrevida.

¡Que triunfos para los guerreros de Jorge III, en quienes vence no menos la experiencia que el valor, como en los Devotos de Metelo! Yo me acuerdo de la jornada

azarosa del general francés Regnier en Sabugal sobre el río Coa; al mismo tiempo que se representa en mi fantasía la expedición á la isla de Bayona donde todos perecieron, menos Publio Sceva, que se echó al mar buscando las naves romanas. Masena leyó con ojos espantados el detalle de un encarnizado combate, que no tuvo otro efecto que quedar el campo de batalla sembrado de cadáveres franceses, y que solo una pequeña división de caballería desordenada y fugitiva pudo marchar ácia el mediodía, huyendo de la sombra de los valientes de Jorge III. La expedición de Regnier en el Sabugal será un monumento de la cobardía francesa; pues oyeron sus soldados, como los de Alexandro en la orilla del Tigris: "*idos cobardes, sin vosotros alexandro subyugará al universo*": pero ¿como Regnier habia de subyugar, si al primer encuentro las bayonetas inglesas dispersan sus cohortes, las envuelven, las destrozan, las persiguen, y aniquilan? *Andad, vil canalla* decia un noble romano en Juvenal: *¿podeis decir siquiera de que pais es vuestro padre? pero yo, yo soy nieto de Cecrops*". ¿Y de quien lo será Regnier? ¿de quien serán descendientes los que huían avergonzados de los guerreros de Wellington, ó quedaban sacrificados al corte irresistible de su vengadora espada?

La derrota de Regnier parece que estaba dibuxada, en la que unos gloriosos triunfadores manifestaron en las cercanías de Gelb, Electorado de Colonia. Los vencedores injustamente provocados, asaltan al enemigo, y obligan á la batalla, desbaratan y ahuyentan el frente, destrozan las dos alas, acometen con tal fuerza las legiones del centro, que al impetu irresistible se siguió la derrota, á esta la fuga, y á la fuga la ignominia y eterno deshonor de unos batallones, que pocos momentos antes solo pensaban en piramides y obeliscos, para esculpir en ellos una victoria esclarecida. Un guerrero español, cuya memoria durara mientras existan sobre la tierra vivientes capaces de admirar el ardimiento y valor, así exórtaba en la misma Lusitania á sus tropas fuertes, y belicosas. "*Basta presentarnos al enemigo y vencerle. No hemos de combatir con soldados, ni con guerreros: vamos á pelear con tropas de asesinos, vagamundos, feroces y rapaces, que solo se emplean en*

robar los hatos, ó las majadas... cobardes... dispuestos á la fuga, quando encuentran tropas bien disciplinadas. Vamos, ó compañeros, á dar una batalla: nombre tan glorioso no es digno de enemigos tan viles: vamos á executar una sentencia, ó castigar un delito”.

¡Que quadro de las *grandes victorias* de los franceses en Portugal! ¡Este es un teatro donde representaron el papel obscuro é ignominioso de asesinos, vagamundos, feroces, y cacos rapaces los invencibles de Napoleon! Allí robaron hatos y majadas esos cobardes: allí huyeron quando se presentaron las tropas inglesas: allí... pero ¿para que recordar acaecimientos tan funestos á las aguilas altaneras de Bonaparte, quando estas oyeron placenteras de la boca de Marmont, ”hubieramos batido al enemigo hasta las lineas de Lisboa, si hubiera llegado el momento señalado para la catastrophe de los ingleses” (1) ¿Catastrofe mientras que el Lord Wellington manda sus esforzadas legiones? las mismas legiones, aquellas legiones que capitaneaba Quinto Casio en los dias de la prosperidad romana en las orillas del Guadalquivir. Los esforzados velites y triarios, los bravos combatientes de las legiones galica, ferrata, primera ayudadora, fretense, y la clasiaria, parece que transmigraron á las orillas del Alentejo, tan glorioso para el campeón inglés, como el Granico para el macedonio. Se lisonjean los imperiales de Napoleon haber atravesado el Rhin, el Danubio, y el Pó, rios solo comparables con el Tigris y Eufrates caudalosos.

El Monitor, papel consagrado unicamente á empresas pintorescas, pero mas propio para las del heroe corso, nos ha dibuxado este acometimiento de los invencibles con extraordinaria gallardía. El Tajo, en las inmediaciones del Alentejo, es un pequeño riachuelo, como uno de los mayores rios de Europa al desembocar en el oceano. El Lord Wellington, de quien jamás se alabará dignamente su prevision, y noble ardimiento del antiguo Bruto, hizo de las orillas de este rio otro lago Trasimeno: sus atrincherramientos tenian todos los pla-

(1) Carta á Berthier.

mes del sabio Montecuculi, y los que les ocupaban, la misma fogosidad de los que triunfaron en Arbela. Masena, el impetuoso Masena, recordaba en su mente agitada y soñadora sus triunfos en Italia, Alemania, y especialmente en las cercanías del Oder; recordaba que se desmoronaría el coloso inglés en Portugal, si la expedición conseguía realizarse: y que habiendo inclinado á su favor el tridente de Neptuno en las riberas orientales de Italia, esperaba tener grato á este numen en las occidentales de Europa. Drowet y Claparedé eran las dos robustas columnas, que sostenían el magestuoso edificio de su imaginación viva, pero delirante y frenética.

¿Que hará pues Masena, que se proponía atacar á Lisboa, pasar el Tajo, ó empeñar al Lord Wellington en un choque sangriento á vista de las fortificaciones de Santaren? ¿Tendrá este heroe quixotesco la misma animosidad que Bruto que, debiendo pasar el Leirne, para sujetar á los Gallegos, y viendo la timidez espantosa de sus veteranos, tomó la insignia de un Portaestandarte, y se arrojó con serenidad á las olas encrespadas, para conseguir el laurel de la victoria? Sus devotos avergonzados le siguieron y triunfaron: pero no triunfaron los cobardes de Masena, que solo eran tropas amilanadas de Caracala. Si este Mariscal pudiera triunfar en las orillas del Alentejo del esforzado Wellington, sería como Metelo que venció traidoramente á Seritorio, no como Annibal á Scipion en Cannas con soberanía y gloria. No supieron triunfar los invencibles en la celebre batalla de Uim, como el heroe cartagines; pues como discipulos é imitadores de Filipo de Macedonia, solo quebrantan los cerrojos de las fortalezas con el oro y la detestable seducción. Tristes ejemplares y muy funestos se habían visto en España desde la gloriosa época del año 808; ejemplares de gefes de las armadas nacionales vergonzosamente prostituidos al crimen y á la baxeza: ¿Y el Lord Wellington? ¿en quien las dos grandes naciones habían depositado su confianza? ¿el Lord Wellington? . . . ¿de que armas se valdrá para dar la libertad á la afligida Lisboa? Será como Cayo Anio, teniente general de Syla el que, viendo que Livio Salinator le había cerrado el paso de los Pyreneos con 60. combatientes impavidos, y resueltos á expirar en aque-

las gargantas, como los 300 lacedemonios en las Termopylas, acabó con la vida de su enemigo con pérfida traición?

Jamas el Lord Wellington ha apreciado esta táctica tan ruinosa, y que por desgracia de los mismos Lusitanos, la hicieron servir de funebres caracteres, que se grabaron en la lapida de su sepulcro. El Lord Wellington es mas generoso, es mas guerrero, es mas noble, y salvará á la moderna Lusitania como su antiguo libertador, que provocó á lid campal al consul Metelo, que este no quiso aceptar por no ver perdida la suerte de los exercitos, y la fortuna de la Republica. Con solo un momento dió fin Emilianio á las dos guerras punica y numantina; y con solo vencer el Jurguta inglés á Masena en el Alentejo, rompió para siempre las cadenas con que Portugal, esa Matrona respectable veia ya á sus pies fuertemente encadenados. ¿Para que referir los ataques de Masena, y el brio con que se le rechazó? ¿para que la impetuosidad francesa, y la disciplina de los ingleses? ¿para que la astuta y seductora imaginacion del mariscal, fecunda en sorpresas y falsos ataques, si el Lord Wellington, perfecto conocedor y practico en las estratagemas de Frontino, desbarató todos los planes mas ingeniosos de su ilustre rival? Asi triunfó nuestro glorioso Metelo: triunfó su experiencia; triunfó con sus conocimientos militares, con su pericia y animosidad; y triunfó, para que la agradecida Portugal, le erigiese en las margenes del Alentejo estatuas donde se esculpiese esta memorable proeza, como se grabaron las de Sertorio en los marmoles de Evora.

Se concluirá.

*En Sevilla: por la Viuda de Vazquez y Compañia.
Año de 1813.*